**UN ALGARROBO, TILLANDSIA, POEMAS**

A la memoria de Noé Jitrik, en la entrega de su diploma como Doctor Honoris Causa de la Universidad Nacional de Córdoba a su familia (Tununa Mercado, Magdalena y Oliverio Jitrik) el 14 de diciembre de 2023.

Por Marcelo Casarin

Conocí a Noé en el año 2004. Por entonces yo era productor del programa Voces elegidas que conducía Kuroki Murúa. Eran entrevistas a personas de la cultura vinculados con Córdoba. Se difundía en el 580 de Radio Universidad, en el horario de la cultura: lunes, miércoles y viernes, de 0:5 a 0:15, cada día, aunque fue muy escuchado porque iba inmediatamente después del noticiero de medianoche y antes del programa de Dolina. Ser productor, en mi caso, era ser el dueño del auto que llevaba al camarógrafo y al entrevistador. En esta ocasión, dijo Kuroki, vamos a hacer doblete: entrevistaremos a Noé y a su esposa Tununa, en la casa de La Cumbre. Era una media mañana de febrero. Llegamos y fuimos recibidos con mucha amabilidad, masitas e infusiones.

El primer entrevistado fue Noé, en el living de la casa. Yo me quedé con Tununa, de quien había leído *Canon de alcoba*, *La madriguera* y *En estado de memoria*. La admiraba profundamente, admiraba su escritura. Me contó que estaba corrigiendo una novela, que debía entregarla pronto a una editorial. Me leyó unos fragmentos y me contó la historia de un diario y de una huida. La novela en cuestión se llama *Yo nunca te prometí la eternidad*. Después, salimos al jardín sombrío que rodea la casa y nos perdimos en una conversación de la que no recuerdo muchos detalles. Aunque sí recuerdo con precisión que le manifesté mi admiración por el algarrobo centenario que era el dueño de una porción importante del patio; le dije que se podía calcular la edad midiendo el diámetro del tronco; y no pude no decirle que me preocupaba la profusión de claveles del aire que ocupaban varias de sus ramas. Qué se puede hacer me dijo, justo cuando aparecieron desde la casa Kuroki, Noé y Sergio, el camarógrafo: habían terminado la entrevista.

Durante una hora de conversación, Noé, inducido por ese gran entrevistador que es Kuroki, había hablado de su infancia, primero; y luego de sus años en Córdoba adonde vino a comienzos de los 60, y donde dejó un recuerdo imborrable entre quienes estudiaban letras en la facultad de filosofía y humanidades de la UNC. Llegó como profesor de literatura argentina y tuvo como ayudantes a Carlos Giordano y Héctor Schmucler, con quienes conformó una cátedra. Kuroki frecuentó esas clases y recordaba el mayor legado de Noé: me enseñó a leer, decía.

Enseguida fue el turno de la entrevista con Tununa y yo me quedé conversando con Noé. Era la primera vez que estaba a solas con esa figura para mí mitológica. No había leído casi nada de lo tanto que llevaba escrito, excepto algunos de sus primeros libros, como bibliografía obligatoria de alguna asignatura de letras. Recordé, porque me había deslumbrado, uno de sus primeros libros de crítica: *Horacio Quiroga, una obra de experiencia y riesgo*. A la mención de ese libro de 1960, no siguió comentario alguno de Noé; en cambio, sí produjo un afecto positivo que yo sacara de mi bolso un ejemplar no leído de *Long Beach*, una *nouvelle* recién aparecida, que es una de mis favoritas y que atesoro con su dedicatoria. Después, me llevó a recorrer el jardín, tal como había hecho Tununa antes, pero esta vez fue como una visita guiada a los frutales que ese año no habían sido especialmente pródigos. Yo me mantuve en un silencio respetuoso escuchado sus explicaciones, pero cuando llegamos al pie del algarrobo, no pude más que repetir mis palabras de admiración por semejante ejemplar; y mencionar que sabía cómo calcular la edad midiendo el tronco; y también le dije: lástima que esté tan atacado por claveles del aire, y agregué: si no se combaten, pueden secar a un árbol por robusto que sea. Me miró con incredulidad y me preguntó qué se podía hacer; bueno, le dije, hay dos cosas que pueden hacerse: la primera, es mecánica: sacar uno a uno los claveles, a mano y con una caña con un gancho en la punta, para las ramas más altas; luego, se puede hacer un tratamiento, algo más profiláctico, insertando clavos de cobre en el tronco… La incredulidad del rostro de Noé ante mi propuesta terapéutica tuvo un matiz que parecía decir, de dónde salió este charlatán, habría que llamar a un jardinero experto o a un ingeniero agrónomo Tununa, me pareció leer en su pensamiento. Volví a la carga con evidencias: ¿no has visto que, en el tendido de la red eléctrica, hay algunos cables en los que se instalan y en otros no? Bueno, en los cables de cobre no se asientan claveles. Luego agregué que en nuestras sierras atacan especialmente a las autóctonas y apenas afectan a las exóticas como los siempreverdes. Al final dije: las *Tillandsia* son difíciles de combatir. *Tillandsisa*, repitió y aunque no tuve la intención de alardear mencionando el nombre científico-genérico de los claveles, creo que esto ayudó a que más tarde, Noé le dijera a Tununa: este muchacho tiene algunas buenas ideas para curar al algarrobo.

Ese fue el comienzo. Después vino el cultivo de una amistad persistente alimentada no por la asiduidad de los encuentros sino por la generosa hospitalidad, el agasajo de la comida casera, las largas conversaciones de sobremesa. Las lecturas compartidas. Algún llamado telefónico oportuno.

Si me preguntan cómo creo que debe recordarse a Noé, respondo que escribiendo. Este escritor perezoso que soy no puede menos que admirar la potencia escritural de Noé. Bastaría revisar la cantidad de títulos que conforman su obra para tener dimensión de lo que digo. Pero no se trata solo de lo escrito y reunido en libros. Están también sus notas en *Página 12*, interpelando con regularidad los asuntos de la política y la época. Y están los poemas de diciembre. Hace unos años tuve el privilegio de empezar a ser parte del mailing de Noé en el que, cada fin de año, compartía poemas con sus lectores cómplices. Pero no un villancico de ocasión, cada vez un poemario. Del último, que recibimos en diciembre de 2021, elegí este para compartir con ustedes:

LECTURA

Mis ojos no descansan

están cansados /

mis ojos caminantes

de recorrer palabras

puestas en línea o sueltas /

algo que sale de ellas

salta se desliza

sin detenerse /

a eso que pasa

en mis ojos cansados

lo llamo lectura

inasible lectura /

algo dejan las palabras

un poso

un resto /

algo salta como fuego fatuo

y serpentea hasta perderse

palpita en un lugar que es

un no lugar /

a eso

justamente a eso

lo llamo lectura /

lo que mis ojos cansados

no terminan

de entender /

mis ojos que no miran

para adentro

distraídos

admiran la confusa

realidad.